

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DÍAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARIÁS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día sétimo.
Y bendijo el día sétimo, y santificólo.
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

Dominica VI despues de la Epifania.

—
*Simile est regnum cæ-
lorum grano sinapis quod
accipiens homo seminavit
in agro suo.*

MATTH., CAP. XIII, 31.

Semejante es el reino de los cielos á un grano de mostaza que tomó un hombre y sembró en su campo.

Vamos á explicar una parábola que Jesucriste propuso á las turbas para darles á conocer verdades y sucesos de la mayor importancia y trascendencia, concernientes á su persona, á los futuros destinos de su Iglesia, y á la salvacion del mundo por medio de la sublime doctrina del Evangelio.

«Semejante es el reino de los cielos á un grano de mostaza que tomó un hombre y lo sembró en

su campo. Este grano de mostaza es en verdad el menor de todas las simientes: pero despues que crece, es mayor que todas las legumbres, y se hace árbol, de modo que todas las aves del cielo vienen á anidar en sus ramas.»

Expliquemos sencillamente esta significativa parábola, y veremos confirmada una verdad que es como el fundamento de la Religion, la ley básica de la sociedad cristiana, la sávia de las virtudes, y la condicion necesaria de nuestra salvacion eterna en medio de las dificultades y escollos de esta vida. Hé aquí la verdad que resplandece en la parábola evangélica y que intento dejar grabada con caracteres indelebles en vuestros corazones, á saber; que toda obra grande tiene por fundamento la humil-

dad, y por consiguiente que debemos ser humildes para alcanzar la verdadera grandeza.

Semejante es Jesucristo, rey de los cielos y de la tierra á un grano de mostaza que siendo la mas pequeña de las semillas, llega á crecer de tal modo que se convierte en un árbol corpulento, y viniendo las aves del cielo anidan en su frondoso ramaje. Jesús era este grano que fué mortificado por la crueldad de los judíos y multiplicado por la fé de los pueblos. Entregado á los tormentos y la muerte, sepultado en las entrañas de la tierra, levántase glorioso de su tumba, y crece en gloria y magestad sobre todos los patriarcas y profetas, de tal modo que á la voz de los apóstoles, ramos frondosos del árbol de la Cruz, ricos y pobres, nobles y plebeyos, sábios é ignorantes, reyes y vasallos abandonan las cosas terrenas y corren á saborear las doctrinas del Evangelio.

Y el mundo pagano sacudido por el vendaval de mil errores groseros y pasiones desenfrenadas, no hallando paz ni reposo en las supersticiones idolátricas, ni en las engañosas ficciones de sus poetas, ni en las vanas especulaciones de sus filósofos, ni en los

bárbaros espectáculos de sus gladiadores, levanta su vuelo y va á descansar en las frondosas ramas del árbol evangélico que muy luego se extienden por toda la tierra. Así nace el nuevo pueblo, de principios tan humildes que semejan un grano de mostaza; la humildad es su cuna, por la humildad crece y se propaga, y por los caminos de la humildad conquista la gloria del reino de los cielos. Los discípulos no han de ser de condicion diferente que su maestro, ni los miembros han de vivir otra vida que la cabeza, ni las ramas pueden tener frondosidad y lozanía sino reciben la sávia vivificante del tronco á que están unidas. Por eso no hay otro fundamento de la vida cristiana que la humildad; no hay obras de mérito y estimacion sobrenatural sino están cimentadas sobre la humildad; no hay verdadera exaltacion y grandeza sino en la humildad; no hay gloria en los cielos, no hay laureles, ni coronas en la pátria de los vencedores sino para los que ganaron contra la soberbia las batallas de la humildad.

No ha venido Jesucristo á reinar por la fuerza sino por la humildad. Maestro y modelo de la vida, lo que hemos de aprender en su escuela es la mansedum-

bre y la humildad. Aprended de mí, decía á sus discípulos y en ellos á todos los hombres, aprended de mí que soy manso y humilde de corazón. El es, dice San Gregorio (1) el grano de mostaza que plantado en el sepulcro, después de una muerte cruel y deshonrosa, se trasformó por su propia virtud en un árbol altísimo y fecundísimo cuya sombra benéfica cubre toda la tierra y cuyos frutos alimentan la vida de las generaciones. Es grano por la humildad de la carne, es árbol por la potencia de su magestad. Grano porque le vimos en la Cruz y estaba todo afeado y no le conocimos; árbol porque le vimos resucitado, esbelto como la palma de Cades, elevado como el Cedro del Líbano, fecundo como el olivo, y todo tan hermoso que el sol y la luna envidian su belleza, resplandor y magestad. ¿Quereis conocer la fecundidad maravillosa, inagotable, infinita de este árbol divino en el curso de los siglos? Por sus frutos se conoce. La doctrina que predicán los apóstoles, las virtudes que siembran en el mundo, la civilización que nace á su voz del seno mismo de la barbarie, las aves del cielo, esto es, las almas grandes, almas de

sábios y filósofos, almas de príncipes y reyes, la multitud de toda clase y condición que se acogen al árbol de la Cruz y reposan en sus brazos, vienen á dar testimonio de la divina eficacia del Evangelio, y son los frutos de oro que ha producido este grano de mostaza, trasformado en el gran árbol católico.

Semejante es el Evangelio á un grano de mostaza en que siendo sus principios tan humildes, sembrado que fué en el campo del mundo, nació con tanta fuerza, y creció con tanta lozanía y se propagó con tan pasmosa rapidez que llenó toda la tierra. No sucede esto con los dogmas de los fariseos, ni alcanzan tanto crédito las doctrinas humanas, enemigas de la sabiduría de Dios, revelada por Jesucristo, explicada y aplicada al gobierno del mundo por la santa Iglesia católica, reino de los cielos fundado en la tierra para la salud de las almas y salvación de los pueblos. Se conoce la vanidad de los sistemas humanos cuando se trata de convertirlos en leyes, ó en reglas de conducta; anunciados con estrépito y predicados con hiperbólico lenguaje se ve que no son sino vanas utopías, brillantes que no pueden sufrir la contraprueba de la experiencia, ó la

1 Lib. 19 moral. cap. XI.

piedra de toque de la aplicación. *Pharisorum enim dogmata, cum creverint, nihil mordax, nihil vitale demonstrant, tolum flaccidum marcidum que ebullit in olera et herbas que citóarescunt et corruunt* (1). Ved los frutos del moderno fariseísmo. Son frutos envenenados que causan la muerte de las almas y de los pueblos. Sus doctrinas no ilustran sino que pervierten, no iluminan sino que abrasan, no moralizan sino que corrompen, no vivifican sino que matan. Estériles para el bien no pueden ser mas fecundas para el mal. El liberalismo tiene de suyo condición deletérea. Es un árbol cuya sombra mata. No así el catolicismo que es la humildad. Pequeño en sus principios como un grano de mostaza desenvuelve su virtud prodigiosa, alcanza pasmosos erecimientos, y lleva á todas las esferas de la vida la luz, la fecundidad, el bienestar y el engrandecimiento.

Semejante es la fé á un grano de mostaza que como atestigua Plinio (2), es un antidoto eficaz contra el veneno de las serpientes y de las plantas, un remedio de probada virtud contra varias enfermedades, un medicamento uti-

lísimo para despejar el cerebro y equilibrar los humores. *Pythagoras enim sinapi principatum habere ex his quorum in sublime vis fertur, judicavit, quoniam non aliud magis in nares et cerebrum penetret.* Tiene además la virtud de hacer sabrosos los manjares. Si tuviésemos fé aunque no fuera mas que como un grano de mostaza, buscaríamos nuestra grandeza en la humildad, el mérito en la paciencia, la salud en la contrición, el remedio en la penitencia, el perdón en la confesión humilde y dolorosa de los pecados, la gloria en las humillaciones, la suavidad y la dulzura en las aguas amargas del dolor y de la tribulación. Pero somos ciegos y además pesados de corazón. Soberbios y sensuales rechazamos la mostaza del Evangelio que puede curarnos con su acritud, y vamos en pos de vanidades y placeres que marean nuestra cabeza, y degradan nuestra noble alma, sedienta de sólida grandeza y de verdadera felicidad. No busqueis en las cisternas del mundo el agua pura y refrigerante de la felicidad que solo se encuentra en las fuentes del Evangelio. Esta es obra de Dios que ha de llevarse á digno remate con vuestra humilde y activa cooperación. No temais los ries-

(1) S. Hieron.

2 Lib. 20, vers. 22.

gos, ni os espanten las dificultades, porque á los humildes se complace el Señor en darles su reino. Para los soberbios no hay mas que repulsiones y derrotas; para los humildes elevacion y grandeza. Humilláos vosotros bajo la mano poderosa de Dios que da incremento á las obras de la humildad, y sereis semejantes al árbol que plantado junto á la corriente de las aguas crece gallardo y lozano, vistese pronto de verde follaje, y rinde á su tiempo abundantes y sazonados frutos. La segur está puesta al árbol de vuestra vida. Pronto vendrá la muerte, y cada uno recibirá según sus obras, eterno castigo, ó recompensa eterna, Amen.

—
—
PURA.
—

HISTORIA VERDADERA.

— (Continuacion.)

II.

Pero llegó un día en que Pura se arrojó, anegada en lágrimas, en los brazos de su madre.

¿Qué sucedía?

—Madre mia,—le dijo,—en un mes no van á darme costura en la tienda; hay poca venta, y hasta que no salgan de las camisas que se les han ido aglomerando, no hay que pensar en recibir nuevo trabajo.

—¿Y qué hacer, hija mia?

—¡Dios lo sabe!

—¡Es verdad; Él nos ilumine!

—Tengo ya formada mi resolucíon; si os parece bien, la voy á poner en práctica hoy mismo.

—Habla.

—Quiero decir que entraré á servir en una casa.

—¡No, por Dios, hija de mi alma! ¿Qué sería de esta pobre ciega, que no se puede valer, si faltase un momento de su lado su buena hija?

—Es verdad. Pero ¿qué va á ser de nosotras?

—Piensa, hija mia, piensa que el Señor te proporcionará otro medio mejor; busca, indaga otra tienda donde quieran darte trabajo, que Dios nos abrirá puertas.

Pero fueron vanos todos los medios que puso en planta para hallar trabajo.

La miseria, la horrible miseria, reinaba en la casa de Pura.

Su infeliz madre no quería que se separase de su lado, porque, impedida como estaba, necesitaba absolutamente de ella.

Un día, eran las cuatro de la tarde..., y no habian llevado á su boca un negro pedazo de pan.

Y separándose de su madre, salió Pura á la calle, y empezó á andar á la ventura, como loca, sin pensamiento fijo, sin luz que le manifestase donde hallaria remedio á su desgracia.

En una calle acercósele una mujer de feo y miserable aspecto, y pronunció á su oído palabras misteriosas.

La joven se quedó un instante parada como haciéndose cargo de lo que querian significar aquellas horribles y tentadoras frases.

—»Tendrás dinero..... serás rica..... saldrás de la miseria.... tendrás pan que llevar á la boca de tu madre.» Hé aquí la voz maldita que se levantaba en medio de su alma agitada.

¡Horrible lucha entre el infierno y el cielo, entre la materia y el espíritu, el vicio y la virtud?

Su madre, desfallecida, le pedía alimento y no tenía que darle. El cielo le pedía inocencia y pureza.

En medio de su agitacion no había notado, al salir, que su cabello flotaba cayendo de su cabeza por la espalda.

La mujer que la había parado le señaló sus desordenadas trenzas, como para halagarla, diciéndole que era uno de tantos incentivos y bellezas de su persona.

Aquella palabra produjo en Pura un efecto completamente distinto del que se había propuesto la vieja.

Y lanzando una exclamacion de horror, separóla de sí y siguió andando por la acera.

¿A donde se dirigía?

A poco, la voz de un mendigo que le pedía una limosna la dió á entender que se hallaba á la puerta de un templo.

Las campanas volteaban con dulce y alegre armonía, convocando á los fieles.

Era la víspera de la Concepcion sin mancha de la Madre de Dios.

Y penetrando, como inspirada, en la iglesia, y buscando con sus ojos el altar de la Inmacula, postróse de rodillas y oró ante ella.

Corta, muy corta oracion debieron pronunciar sus lábios, porque muy pronto salió del templo.

A poco entraba en una peluquería, y decia al encargado:

—¿Cuánto me daríais por unos cabellos como estos?

Aquel se quedó un momento sorprendido por lo nuevo de la pregunta. En seguida, reponiéndose un poco y contemplando la tristeza que se revelaba en su rostro angelical, hubo de comprender algo de lo que pasaba en el corazón de aquella dulce y hermosa jóven.

—¿Pero á qué me haceis esa pregunta? —le dijo á su vez.

—Los momentos son preciosos. Decidme, ¿cuánto daríais por ellos?

—Sesenta reales,—contestó.

—Pues bien, dádmelos.

—Pero, ¿qué vais á hacer?

Y apoderándose de unas tijeras que sobre el mostrador había, y sin darle tiempo para oponerse á su heroica acción, dejó caer los flotantes cabellos, separados ya de su cabeza.

Media hora despues madre é hija tomaban un frugal alimento.

III.

Ha pasado un año despues del rasgo heroico que acabo de narrar á mis lectores, el cual no es un cuento sino un hecho real y verdadero.

Hoy Pura no se halla en la miseria. Tiene un pedazo de pan que ofrecer á su madre, que aún vive; no necesita ya trabajar día y noche como ántes.

Vive unida á un hombre cuya felicidad hacen los encantos de su alma pura é inocente.

Es mas: los pobres la llaman su madre. Probada en la miseria, cuya horri-

ble y espantosa faz ha contemplado muy de cerca, sabe compadecer á los desgraciados y derramar sobre las almas atribuladas la mas inefable dulzura.

El marqués de L., su cariñoso esposo, ha encontrado en ella el ángel salvador de su corazón y su alma.

Testigo, en un rincón de la peluquería, de la acción heroica de Pura, habíala seguido hasta su casa. Escéptico hasta entonces, y hastiado de los placeres sensuales, que no dan ni pueden dar verdadera alegría, no creía en la virtud, ni en los goces del espíritu, ni en Dios.

Pero vió á Pura, y el escéptico creyó. Contempló la hermosura de su alma, y una voz interior le gritó que la virtud existe en la tierra, y que prueba de ello era el rasgo de la jóven.

A su paso por Cádiz, habia hallado en Pura la paz y la alegría que en vano habia buscado en las orgias y franca-chelas. Era solo en el mundo, noble por sus abuelos, y dueño de inmensos bienes que emplear, ó en hechos verdaderos ó en heroicas virtudes.

Y la primera de estas virtudes quiso que fuese su union con la encantadora Pura.

Dios ha premiado así en la tierra el santo amor á la pureza que abriga el alma de la jóven.

Si alguna vez pasais por el pueblecito de..., que se encuentra á no larga distancia de Cádiz, acaso, sin que lo sepais, oireis hablar de la caridad que ejercen con los pobres los marqueses de L.

JOSÉ M. LEÓN Y DOMÍNGUEZ, PBRÓ.

(De *La Semana Católica*..)

LOS PIÉS SUCIOS.

Un pintor de talento, gravemente herido durante la guerra franco-prusiana, ha contado esta conmovedora escena:

Érase á fines de Octubre de 1870 y me hallaba en el convento de la Natividad de San German. Éramos cinco en un gran aposento, preparado como por las manos de una madre para recibir á sus heridos. Yo me encontraba tendido, débil por la pérdida de la sangre, el largo insomnio de dos dias que habia sufrido, y el cansancio del transporte. Ni dormía, ni velaba, pero tenia una vaga percepcion de lo que pasaba en derredor mio.

El sol resplandecía á través de los blancos cortinajes tendidos en las altas ventanas, por las que un rayo luminoso venia á traernos un alivio y una esperanza.

Abrióse la puerta y vi entrar, andando con mucha dificultad, á un cazador de Vincennes. Buena figura, moreno, vigoroso, pero con las facciones profundamente descompuestas por el sufrimiento. La primera cura debió practicarse á la carrera. Una bala le habia atravesado la espalda, y otra herida el brazo derecho.

Una Hermana de la Caridad, jóven de apenas veinte años, le guió á la cama que le habia preparado y le hizo sentar en una silla colocada á su cabecera.

—Amigo mio, le dijo con acento tan dulce que aún me parecia oírle, ved vuestra cama, acostáos porque ante todo necesitareis descanso. El médico vendrá en seguida á curaros

El cazador permanecía inmóvil: por su frente rodaban gruesas gotas de sudor.

—Dejad que os ayude, dijo ella.

—No, gracias, Hermana, respondió el soldado.

Y no se movía. ¿Qué pasaba en su alma? Yo le seguía con la mirada sin comprender el motivo de la dolorosa impresión que le agitaba.

Al fin pareció reunir todo su valor.

—¡Hermana, dijo, hace dos meses que vivo de noche y día en las trincheras; dos meses que no he dormido en una cama! ¿Qué más os puedo decir?... Quisiera.... ¿Podría facilitarme un baño de piés?

—Sí, por cierto, hermano mio, en seguida.

La Hermana salió, y un suspiro de satisfacción se escapó de los labios del pobre joven.

Pocos momentos después la hermana volvió trayendo con alguna dificultad un barreño lleno de agua tibia.

La Hermana esperaba inclinándose sobre el herido para ayudarle.

—No, yo os lo suplico, dijo el soldado.

Y con la mano izquierda única que tenía libre, quiso soltar las presillas del cuero que sujetaban su calzado, sucio de polvo y barro. Por mucho que fuese su ánimo, le venció el dolor. Aquel movimiento había despertado el que sentía en la espalda. Se dobló hacia atrás, una palidez mortal cubrió su rostro, y quedó como desmayado con la cabeza caída sobre el respaldo de la silla.

La Hermana se había arrojado delante del herido. Con sus dedos blancos y

afilados, que parecían los de una figura desprendida de algún cuadro de Fiesoli, desató las presillas, abrió los pesados zapatos y los descalzó uno tras otro de los piés. Aun me parece verlos; no tenían forma humana; el barro de los campos y el sudor fangoso, los habían cubierto de manchas negruzcas, rojizas y pardas de sangre.

Ella cojió piadosamente aquellos piés, los colocó con extrema dulzura en el agua, y los frotó, como antiguamente hacían las mujeres de la Biblia con los piés polvorosos de los viajeros.

Era una escena tiernísima ver aquella mujer delicada y pura, envuelta en su largo velo, de rodillas ante el soldado.

Poco á poco revivía en éste el sentimiento. Las manos del pobre herido se juntaron.

—¡Oh, Hermana! dijo con acento que nunca olvidaré: ¡oh, Hermana, perdón!

Y las lágrimas brotaron de sus ojos.

Ultimamente he vuelto á ver á este hombre ya curado.

—¡Qué buenas y santas criaturas, me ha dicho, las que nos han curado y salvado! Pero os confesaré que nunca he sufrido tanto, ni por la guerra, ni por los prusianos, ni por mis heridas, como cuando me persuadí que era necesario enseñar á aquel ángel, arrodillado delante de mí, unos piés horribles y negros, capaces de hacer huir á un regimiento de hulanos!

